

VINCENT VAN GOGH

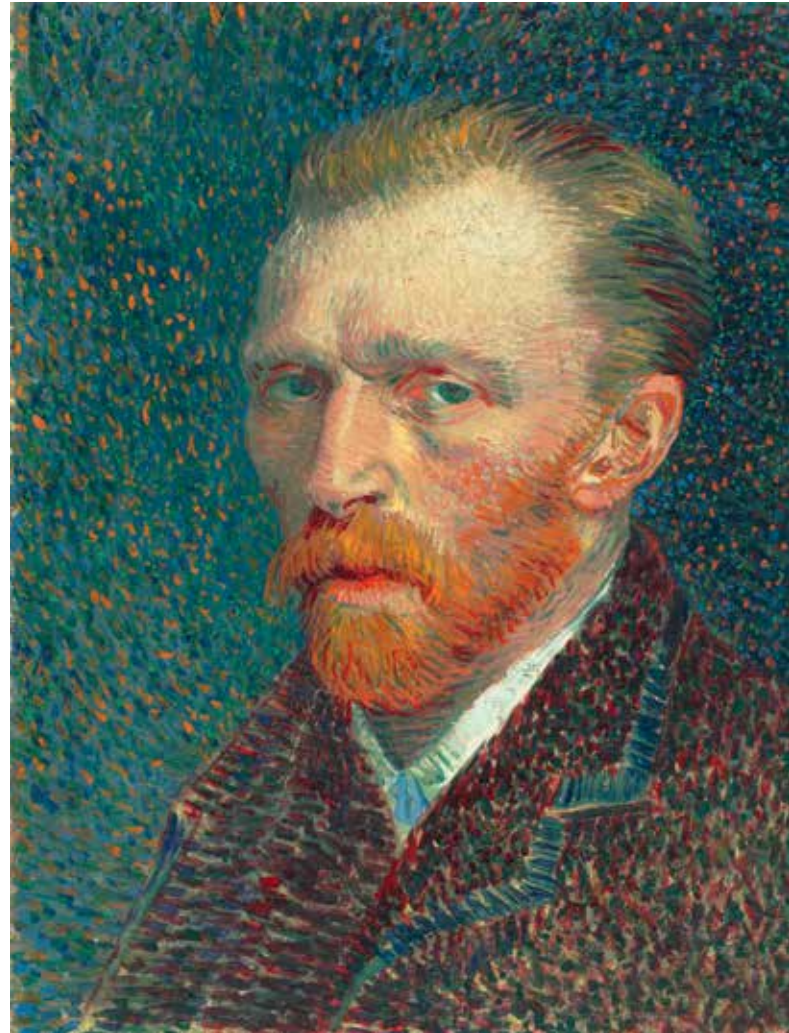
y su argumento simbólico

Christian Velázquez

No es fácil sustraerse al influjo trágico de este pintor holandés: atraen sus cuadros, atrae su extrema sensibilidad de observador del drama y del dolor humano. Su mundo íntimo, creado de soledad y de exilio, de la búsqueda que nunca acaba por concluir... de eterno apartamiento, Van Gogh lo ha fijado no solo en sus lienzos, sino en las innumerables cartas que enmarcan su obra pictórica y todo lo que ha despertado la sensibilidad de este ser atormentado, de este “suicidado de la sociedad” como lo llamaba Artaud; sus escritos encierran su mensaje y su atestación ante su propio devenir, y documentan su evolución psíquica hasta el día del suicidio. Las cartas de Vincent Van Gogh, si bien no aclaran todas las dudas de los críticos, escritores, filósofos y psiquiatras, representan, según J. M. Merloo, un psicoanalista de Nueva York, “la más rica documentación psiquiátrica de nuestros tiempos”.

Acerca de la enfermedad de Van Gogh se han formulado innumerables diagnósticos, los cuales muchas veces son el puro fruto de la opinión personal del psiquiatra o del psicólogo. Los médicos que lo atendieron en los hospitales de Arles y de Saint-Rémy definieron el síndrome de Van Gogh “manía aguda con delirio generalizado”. Más tarde los mismos médicos diagnosticaron epilepsia. Pero tenemos que tomar en cuenta que en aquellos años este término tenía un significado distinto del actual: epilépticos eran los que sufrían de un trastorno mental, acompañados de accesos de furor y en ocasiones de oscurecimiento de la conciencia. Solo más tarde el psicoanálisis freudiano interpretará “estas convulsiones psíquicas” como una exteriorización episódica de frustraciones precoces, deliberadamente olvidadas o, mejor aún, desterradas en el inconsciente, de conflictos que se produjeron durante la infancia y que nunca encontraron solución.

Otros interpretaron su enfermedad como una psicopatía, una aberración mental congénita y permanente. Jaspers habla en cambio de esquizofrenia. No cabe duda de que Vincent era un introverso, pero según el significado que al término esquizofrenia se le da en la actualidad, éste no se



adapta al perfil de Van Gogh; hasta sus últimos momentos este gran pintor conservó una maravillosa capacidad de comunicar con los demás, es verdad, una rara capacidad, acompañada de una sensibilidad extrema y de una profunda intuición de la realidad. Sería tal vez más apropiado hablar de personalidad esquizoide, escribe Merloo, ya que como todos los esquizoides Van Gogh tenía la capacidad de “ver” lo que se esconde detrás de la máscara que cada uno de nosotros lleva consigo.

¿Se trataba tal vez de una psicosis maniaco depresiva? Van Gogh mismo, en algunas de sus cartas, habla de su costumbre de beber y trata de dar a su mal una base exógena. Algunos psiquiatras han interpretado en este sentido los accesos de que padecía Vincent, cuya enfermedad podría haberse debido al abuso del alcohol, específicamente al hada verde como se le llamaba al licor de ajenjo.

Según Merloo, el mejor estudio sobre Van Gogh y su enfermedad es el que hizo Mauron tomando como base las cartas del pintor. Para Mauron, los complejos precoces de la infancia de Van Gogh, floreciendo en un terreno hereditariamente predispuesto para la depresión, bastaron para crear el desequilibrio que caracteriza la enfermedad. Vincent, como se desprende de sus fantasmas en sus cartas, trata de vencer sus complejos y solucionar sus problemas identificándose con los demás, disgregando a través de estas cartas aquellas tensiones que le aquejaban, y haciendo suyas las preocupaciones ajenas.

Para Van Gogh pintar era una necesidad imprescindible, la razón única de su vida. Cuando en el manicomio de Saint-Rémy los médicos se lo prohibieron por haber intentado envenenarse con el disolvente de los colores, Vincent escribió cartas desesperadas a su hermano Theo.

En las telas de Van Gogh se descubre un ser humano especial, que lucha contra sus propias sombras interiores, muy semejantes a las de todos nosotros; pero en él existe una emotividad fortísima, primaria, típica del mundo que arrastra de la infancia, su difidencia, su infinita soledad, su pesimismo, un mundo animista poblado de indescifrables quimeras. Hacia cosa de dos meses que en el hospital mental de Saint-Rémy le habían dado por curado, pero su mal no tardó mucho en presentarse nuevamente. Aparecía cansado y sobreexcitado como lo demuestran sus últimas cartas y sus últimos cuadros: Escribiendo acerca de este cuadro, Van Gogh expuso su infausto estado de ánimo: “Al volver allá, me puse a trabajar. El pincel casi se me caía de las manos... No me fue difícil expresar soledad absoluta y tristeza”. A la singular forma de la tela se ajusta la perspectiva, un trigal que se extiende a lo largo de tres caminos divergentes. Una situación inquietante para el espectador que queda perplejo delante del gran horizonte y

no sabe siquiera como alcanzarlo... El cielo oscuro y el trigo amarillo ofrecen un violento contraste que desconcierta; en la línea que los divide, una bandada de cuervos negros se va acercando rápidamente.

A Vincent Van Gogh

Christian Velázquez

Dándole fuerza a la bruma blanca del lienzo
el pincel cargado de intimidad
se posa en la tela, espacio poroso libertario
recipiente del trazo hipnótico
espejo revelador de la soledad cautiva.

Con un único irresistible impulso
poco a poco surgen de las sombras
ritmos pulsantes de fondos azulinos
y extrañas formas de movimientos ondulantes.

Pincelada frenética e impetuosa
plasma con templados matices obsesivos
el rostro que lleva en sí
la angustia aplastante de la realidad convulsa
y el enojo gesto de un no sé qué oculto.

Buscando en los abismos
poder asirse a su sino
emergen de las profundidades del claro-oscuro
líneas que transportan los sentidos
sobre pinturas como fuegos fatuos.

Ahora, el delirio asciende con cauda de cuervos
y en una sola visión reveladora
surge la emotividad sin yugo
que planta sobre los trigales
el dorado resplandor de la epifanía celeste. ☞

Christian Velázquez (Ciudad de México, 1958). Antropólogo mexicano por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con una especialidad en arqueología. Dichos estudios los ha compartido con la literatura, escribiendo en algunos de sus géneros, como el cuento, el ensayo e incluso el periodístico, principalmente. Colabora regularmente en suplementos culturales, revistas y magazines, como *La Fuente Querétaro*, y *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Radica actualmente en la ciudad de Querétaro.